**EL ANALISTA INDEPENDIENTE EN TIEMPOS SOMBRIOS[[1]](#footnote-1)**

*DECIO GURFINKEL[[2]](#footnote-2)*

Pretendo aquí discutir los desafíos de sostener una posición denominada "independiente" en la *praxis* psicoanalítica; sugiero que, en coyunturas sociales desfavorables, estos retos se redoblen.

¿Qué entendemos por un "analista independiente"?

Para responder a esta pregunta, debemos observar ante todo cómo *se forma* un analista, en un proceso continuo caracterizado por la dialéctica entre *filiación* y *cultivo de la singularidad*. Todo analista iniciante establece relaciones de intensa transferencia con su analista, con sus supervisores y con los analistas "transmisores" con quienes aprende el oficio, así como con las figuras más o menos distantes que toma contacto a lo largo de su camino, sea como modelos o anti-modelos. Pero se espera que, paulatinamente, tales relaciones puedan ser revisadas y cuestionadas, a fin de que se abra el camino para el desarrollo de la capacidad propia de "pensar psicoanalíticamente", y de modo crítico. Se trata de un trabajo fundamental de desalienación en relación a las figuras de identificación - o, aún, de desidentificación -, sin el cual el potencial psicoanalítico de cada uno de nosotros queda enyesado y comprometido.

El proceso de tornar-se analista puede bien describirse en analogía con el proceso de maduración de un individuo, ya sea concebido en términos de la formación de un Yo, ya sea en términos del paso de la dependencia a la independencia, o incluso desde la perspectiva de la construcción y lapidación de un sí-mismo.[[3]](#footnote-3)

Recordemos algunos puntos de la teoría freudiana sobre el Yo. Antes que nada, debemos referirnos al estado de desamparo del individuo al venir al mundo, que tiene como consecuencia una situación de gran dependencia en relación al otro humano. En cierto momento, Freud (1911) concibió el proceso de desarrollo como un paso paulatina de un tiempo primario de la vida psíquica enteramente dominada por un principio de placer, para la construcción paulatina de procesos secundarios, supuestamente regidos por un "principio de realidad". En este pasaje, el Yo y sus funciones - percepción, conciencia, memoria, atención y, sobre todo, el discernimiento y el pensamiento - cumplen un papel primordial. Si, por un lado, el mantenimiento del estado primario sólo puede ser sostenido por un artificio - los cuidados maternos continuos -, Freud sugirió que, por otro, el principio de la realidad sólo ganará fuerza conforme el individuo se desconecte psíquicamente de sus padres; se trata aquí de la travesía del Edipo, y del trabajo psíquico complejo y arduo de hacer propia la herencia recibida.

Consideremos ahora el recorrido de un psicoanalista. ¿Cuándo y por qué medios puede elaborar su "trama edípica" en el interior de la familia psicoanalítica, haciendo propia la herencia recibida, y ganando así independencia en relación a la regulación automática del principio del placer?

La teoría del Yo ha ganado otros progresos. Comprendemos más claramente, con la segunda tópica, que la independencia del Yo es una ilusión, pues él está estructuralmente en un estado de dependencia respecto a sus tres señores: las fuerzas pulsionales del Ello, las limitaciones impuestas por la realidad y las imposiciones coercitivas Superyó (Freud, 1923). Y, además, se trata de una instancia compuesta, compleja e internamente contradictoria, ya que formada por un precipitado de identificaciones múltiples y variadas, lo que genera un perpetuo estado de tensión en relación al ideal de síntesis y coherencia de un Yo que ambiciona el estado de unidad. Así, también el "Yo psicoanalítico" está tensado por el cabo de guerra de sus tres señores: el primitivo y el salvaje del hombre psicoanalista, siempre irreductible, la montaña de limitaciones y frustraciones que él vive en el cotidiano de su trabajo clínico - la "dura realidad" -, y la violenta acción supervisora ​​del Superyó, en combinación con el peso de la exigencia de un "ideal psicoanalítico" que tantas veces lo asombra. Por otro lado, el Yo se ve también tensionado por sus contradicciones *internas*, originadas en las variadas identificaciones que experimentó en su proceso de formación; y hay que considerar, sin embargo, que nada nos asegura que el "Yo psicoanalítico" no desarrolle, en este camino, salidas oportunistas o escapistas, o incluso que no venga a degradarse hacia soluciones perversas del tipo disociativo.

Pero - recordemos - el Yo está bajo influencia directa de los fenómenos de masa (Freud, 1921). Hay, en todos, una tendencia - aunque variable de individuo a individuo - de, así como en las pasiones, depositar el ideal del Yo en un líder, con consecuencias catastróficas. De entre ellas, destaco el debilitamiento del discernimiento y, por lo tanto, una deterioración crónica de la capacidad de pensar. Aquí, el Yo se enajena de uno de sus más valiosos patrimonios. Ahora bien, ¡cuántos "Yos psicoanalíticos" sucumbieron a este proceso de alienación en la historia del psicoanálisis! ¡Cuántos conflictos dilemáticos, cuántos malentendidos trágicos, cuántos desastres y traumas tal historia ya lleva en su poco tiempo de existencia! En este sentido, hay que reconocer que el fenómeno de la transferencia es, desde este punto de vista, un mal necesario. En el proceso de formación, la transferencia con el analista, con el supervisor, con los maestros y la institución son sin duda fuente de estímulo para el crecimiento, pero también de alienación frente a tales líderes; de ahí la importancia de un continuo trabajo de des-idealización y des-identificación.

Bueno, el valor mayor debe ser, aquí, el rescate de la capacidad de discernimiento perdida en el proceso de alienación. Es justamente en los momentos de mayor crisis y convulsión (social e institucional) que tal capacidad más se pone a prueba, y debemos trabajar intensamente para conservar el discernimiento por encima de todo. Esta función del Yo tan preciosa no debe ser delegada a cualquiera – ¡o a ninguno! - líder; es la carta de liberación que debemos guardar siempre con nosotros como nuestro bien más precioso, que nos protege de la esclavitud y de un estado de dependencia crónica en relación al líder. Así, creo que tenemos aquí un valor ético y político mayor: cultivar y conservar la capacidad de pensar con independencia, sea en la vida psicoanalítica - dentro y fuera de la institución -, sea en la vida social y civil en general. Se trata, según creo, de una cuestión eminentemente política, que nos coloca en el centro del entrecruzamiento entre psicoanálisis y política.

Abordar la formación del Yo en términos del paso de la dependencia a la independencia fue, como sabemos, el foco principal del trabajo de Winnicott (1963a). Si en el tiempo primario de la dependencia absoluta la unidad es la organización indiferenciada bebé-ambiente, en un segundo tiempo, en que se recorta y se dibuja el límite Yo / otro, la dependencia es por primera vez conocida y descubierta, y el Yo incipiente se descubre en un espantoso estado de vulnerabilidad y riesgo. ¡Qué conocimiento doloroso este de descubrirse dependiente! Hay todavía aun una larga jornada "hacia la independencia", cuyos desafíos no son pequeños. Si se considera que suponer un estado de "independencia absoluta" es una falacia - al mismo tiempo ideológica y psicoanalítica -, sugiero concebir esta jornada como un proceso de transformación de una relación *vertical y asimétrica* *de dependencia* (en la que reconocemos dos polos claros, adulto / cuidador y el niño / cuidada), en una relación *horizontalizada y simétrica*, donde se encuentran dos (o más) socios adultos en una relación de *interdependencia*. En este sentido, se trata de un desafío continuo del ser humano adulto a lo largo de toda su vida: la construcción y el mantenimiento de una auto-sostenibilidad psíquica y psicosomática. Uno de los principales resultados de este cambio de posición es la conquista de la capacidad de estar solo, como bien señaló Winnicott. Ahora bien, también tal capacidad no es absoluta, sino limitada en el tiempo y en el espacio para cada sujeto; debe ser de cuando en cuando contrabalanceada con momentos de encuentro con el otro, al precio de que tal capacidad se agota, se rompa o resbale para la formación patológica del retraimiento defensivo. Pienso que el vivir en el marco de una “interdependencia horizontalizada” es un ejercicio continuo en este juego dialéctico entre "estar solo" y "estar con".

¿Cómo queda entonces nuestro proyecto de un "analista independiente"?

La situación de formación y el largo camino para "volver-se analista" implica necesariamente relaciones de dependencia asimétricas, en grados variados de sumisión, fragilidad, sometimiento, rebeldía o diálogo posible. El análisis personal, la supervisión, los espacios de formación más o menos institucionalizados - todos ellos implican esta dimensión de transferencia. Y, por consiguiente, en relación a cada uno de estos vínculos cabrá, tarde o temprano, un trabajo largo y tortuoso de des-idealización, des-fascinación y recuperación de la capacidad de discernimiento personal. En realidad, nada de esto es lineal, pues a menudo salimos y tantas veces volvemos a entrar en transferencia, como parte de una dinámica humana. La resultante de este trabajo de disolución de las transferencias es la *construcción de relaciones de interdependencia horizontalizadas*. Y aquí la creatividad humana puede venir en nuestro auxilio, buscando y aprehendiendo recrear las formas más variadas de interrelación: con pares, colegas, socios, ex y nuevos analistas, ex y nuevos supervisores, etc. Creo que un ambiente institucional puede ser lo “suficientemente bueno” al mostrarse capaz de acoger y fomentar estos tipos de vínculos - lo que, digamos de paso, no siempre es el caso.

Winnicott nos proporcionó, además, una gran contribución al añadir a la cuestión del desarrollo del Yo la problemática del sí-mismo (*Self*). Si, para Freud, el núcleo del Yo se encuentra en la superficie del aparato psíquico (en el sistema Percepción-Conciencia), Winnicott sugirió, en contraste, que el núcleo del *Self* se encuentra precisamente en el centro del Ser; porque el *Self*, como propuso Pontalis (1977), es "el representante del *vivo* en el espacio psíquico" (p.197). El si-mismo está mucho más lejos y libre que el Yo de las presiones inherentes a su papel mediador entre sus señores y, por eso, guarda, de cierta forma, afinidades mucho más claras con el Ello que con el Yo; este *Self* tampoco tiene nada que ver con el “Yo autónomo" y libre de conflictos postulado por Hartmann, como bien señaló Pontalis. El núcleo del sí mismo es, por definición, aislado e incomunicable, y esta condición debe ser preservada, a costa del riesgo de aniquilamiento del sentido del vivir.

¿Cómo pensar, a partir de estas consideraciones, el "*Self* psicoanalítico" de cada uno de nosotros? ¿Reconocemos, en nuestra actividad como psicoanalistas, una "vida que vale la pena"? ¿Cuál es el sentido subjetivo de uno mismo que somos capaces de preservar y poner en acción en nuestro trabajo – trabajo que implica un compromiso que, como ya vimos, ya es tan exigente para con nuestro Yo? ¿Somos capaces de reencontrar, en las relaciones con los demás - pacientes, pares, formadores y aprendices - y en el trabajo de pensamiento, algo de nosotros mismos que dé sentido, colorido y valor subjetivo para lo que hacemos? ¿O estamos vaciados y poseídos por un hacer automatizado, en un mundo de objetos sin sentido que no nos conciernen directamente, y en relación a los cuales estamos incapacitados a desarrollar verdaderas identificaciones empáticas, creativas y productivas? ¿Hasta dónde no funcionamos como psicoanalistas de falso *Self*? Al final, podemos simplemente estar "desempeñando un papel" que aprendemos y que se espera de nosotros, en la base de la sumisión - un hacer sólo "de cáscara", sin núcleo, sin carne, sin alma.

En lo que se refiere a la ética del psicoanálisis, pienso que el concepto de *Self* da cuenta de una forma mucho más efectiva y viva de un valor cada vez más reconocido en los ambientes psicoanalíticos y en nuestra cultura actual: la *singularidad*. Podemos pensar el sí-mismo como la expresión del modo de ser de cada uno, que es singular y único; es fundamental que este modo de ser pueda ser reconocido como tal, y que tenga lugar y legitimidad en el campo intersubjetivo. Se trata de una especie de huella digital psíquica de cada uno; creo que el concepto freudiano de "Yo" no tiene como foco esta dimensión de singularidad.

El núcleo del *Self* es concebido por Winnicott (1963b) como un espacio sagrado, que debe permanecer protegido e incomunicable. Creo que existen, de hecho, dimensiones de experiencia del psicoanalista que son de esta naturaleza, y que, por lo tanto, no pueden ser compartidas ni en la intimidad del espacio analítico. ¿Cómo manejamos y conferimos legitimidad para tales dimensiones? Tal vez sea en las horas de silencio, de distracción, de descanso, del dormir y del sonar, o de contacto con objetos estéticos del campo de la cultura, que el analista tiene la oportunidad de reabastecer a sí mismo en esta fuente sagrada de la creatividad y de la espontaneidad. ¿Estamos suficientemente abiertos y disponibles para este campo de experiencias? ¿O estamos de tal modo tragados por la Rueda Viva del *hacer* que no hay más lugar para simplemente *Ser*?

El ejercicio continuo de la "capacidad de estar solo" del analista es, aquí, sin duda, una conquista primordial. Es sólo en su "soledad esencial" que él efectivamente estará apto para comunicarse con el núcleo de sí mismo, condición esencial para reabastecer el sentido de su *praxis*. Pero recordemos que tal soledad debe ser también templada por su contrapunto, que es, además, también una capacidad a ser conquistada: la capacidad de "estar con". Será, pues, sólo a partir del continuo ejercicio de este inter-juego dialéctico entre "estar solo" y "estar con" que el psicoanalista encuentra su verdadera vocación de Ser independiente, con toda la dimensión ética y política que esta posición comporta.

A partir de estas consideraciones, quisiera resaltar cuánto las condiciones socio-políticas pueden repercutir en el trabajo de construcción de un analista independiente. Pienso que, en tiempos oscuros, cuando las instituciones políticas y socioeconómicas están minadas, los desafíos en esta construcción ciertamente son redoblados. Al final, ¿cómo mantener la capacidad de discernimiento del Yo ante las fuertes presiones de los movimientos de masa? Cuando el ambiente político tiende a polarizarse de manera reduccionista, los riesgos de adhesión ciega a los líderes (sea de un lado o del otro), son muy evidentes. Por otro lado, es imperativo considerar el poder de fragilización que las situaciones de precariedad social producen en la estructura del Yo; ¿cómo mantenerse íntegro ante la vivencia de desamparo derivadas de la violencia y de las experiencias traumáticas? ¿Cómo trabajar, en estos contextos, para fomentar y sostener relaciones de interdependencia horizontalizada? ¿Y cómo ser capaz de verdaderamente "estar solo" sin poder contar con la realimentación de su contrapartida, o sea, sin una condición suficientemente buena para un "estar con" en el ambiente social, conservando así el sentido de uno mismo a través de tal dialéctica?

Otras cuestiones todavía se plantean, que exigirían un mayor desarrollo: ¿cómo construir un *proyecto*, según el modelo del soñar[[4]](#footnote-4), sin un espacio intersubjetivo que ofrezca la red de sustentación necesaria para ello? ¿Y qué dispositivos de protección y resistencia[[5]](#footnote-5) podemos crear para contraponernos a estas amenazas?

Estas son las indagaciones que me gustaría plantear aquí, de modo preliminar.

***Referencias bibliográficas***

**Freud**, S. (1911) Los dos principios del funcionamiento mental. In *Obras completas*, vol.2. Madrid: Biblioteca Nueva, 1981.

----------(1921) Psicología de las masa y análisis del “Yo”. In *OC*, v.3.

---------- (1923) El “Yo” y el “Ello”. In *OC*, v.3.

**Gurfinkel**, D. *Sonhar, dormir e psicanalisar: viagens ao informe*. São Paulo: Escuta, 2008.

---------- (2016) “Ser psicanalista e ser independente”. Trabajo presentado en el evento *Entretantos II: 30 anos de psicanálise e política*, do Departamento de Psicanálise do Instituto Sedes Sapientiae, en 29 de octubre de 2016; a ser publicado em libro del mismo evento.

---------- “Pensar, sonhar e resistir”. Palestra proferida na abertura da XXVI Jornada Interna do Círculo Psicanalítico do Rio de Janeiro (tema da jornada: “Trauma no cotidiano: refúgios e formas de resistência”), em 24/11/2018.

**Pontalis**, J-B. (1977) *Entre o sonho e a dor*. Aparecida/SP, Ideias & Letras, 2005.

**Winnicott**, D. (1963a) From dependence towards independence in the development of the individual. In *The maturational processes and the facilitating environment*. London: Karnac, 1990.

---------- (1963b) Communicating and not communicating leading to a study of certain opposites. In *The maturational processes and the facilitating environment*. London: Karnac, 1990.

1. Trabajo a ser presentado en el X Congreso Latinoamericano de la FLAPPSIP (mayo de 2019, Montevideo). [↑](#footnote-ref-1)
2. **Decio Gurfinkel** es psicoanalista, miembro de los Departamentos de Psicoanálisis y de Psicosomática Psicoanalítica del Instituto Sedes Sapientiae y profesor, y en el mismo Instituto, de los cursos “Psicoanálisis”, “Psicosomática Psicoanalítica” y “Drogas, dependencia y autonomía: el barato en el diván”. Doctor por el IPUSP y Post-Doctorado en la PUC-SP. Autor de los libros *Relaciones de objeto* (2017), *Adicções: pasión y vicio* (2011), *Soñar, dormir y psicoanalista: viajes al informe* (2008), entre varios escritos. [↑](#footnote-ref-2)
3. Tal argumento fue más extensamente desarrollado en Gurfinkel (2016). [↑](#footnote-ref-3)
4. C.f. “Sonho, projeto e utopia” (in Gurfinkel, 2008). [↑](#footnote-ref-4)
5. C.f. “Pensar, sonhar e resistir” (Gurfinkel, 2018). [↑](#footnote-ref-5)